

ISAAC ASIMOV

El archivo de los Viudos Negros



Dotado de una imaginación extraordinaria, Isaac Asimov ha alcanzado una inmensa popularidad basada principalmente en su innegable talento para la divulgación científica y en una extensa producción de narraciones de ciencia-ficción, cuya audacia y originalidad han dado lugar a una renovación decisiva del género. Menos conocida quizá su faceta de escritor de relatos de misterio, a la que responde esta selección publicada bajo el título «El archivo de los viudos negros», tercera de la serie iniciada por «Cuentos de los Viudos Negros» (LB 1466) y continuada en «Más cuentos de los Viudos Negros» (LB 1469).

Un grupo de amigos dedicados a distintas profesiones, pero unidos por una común curiosidad, se reúnen a cenar en un elegante restaurante una vez al mes acompañados de un invitado, quien, acabada la cena, es sometido a un minucioso interrogatorio a lo largo del cual se propone y se resuelve un enigma. Será el más callado y humilde de los asistentes, Henry, el camarero, quien invariablemente proporcione la única solución posible del misterio.

El ingenio y la erudición, la capacidad de deducción y un fino humor se combinan en estos once cuentos de inexcusable lectura para los admiradores del autor de «Estoy en Puertomarte sin Hilda» (LB 366), así como para todos los aficionados al relato detectivesco.

A Alex Zupnick, Don Laventhal
y Bob Zickin, que se esfuerzan
por evitarme problemas

INTRODUCCIÓN

POR ALGUNA RAZÓN, posiblemente por la dulce y encantadora modestia de que estoy imbuido, vivo en constante temor de que alguien intente detener mi continuo fluir de material publicado.

Por ejemplo, retrocediendo a marzo de 1971, escribí un relato de misterio para la *Ellery Queen's Mystery Magazine* (EQMM) acerca de una organización que denominé «el Club de los Viudos Negros». Lo concebí como una pieza suelta, pero Frederic Dannay («Ellery Queen») la presentó como «el primero de una nueva serie». De modo que escribí un segundo, luego un tercero...

Y con cada uno, temblaba pensando que Fred, o cualquier otro, dijera: «Está bien, es suficiente».

Afortunadamente para mí, nadie lo hizo.

En su momento, cuando hube escrito doce relatos de la serie, decidí que eran suficientes para un libro que denominé *Cuentos de los Viudos Negros*. Cuando hube escrito doce más, llegó el turno a *Más cuentos de los Viudos Negros*^[1].

Ustedes ya saben todo esto, lo sé, pero ahora he completado un tercer juego de relatos, de modo que aquí está *El archivo de los Viudos Negros*.

Y aún no ha aparecido nadie que me diga que me detenga. A veces me lo planteo. Después de todo, nadie niega que mis relatos de los Viudos Negros van contra las corrientes en boga en el campo del misterio. De hecho, estas historias son virtualmente del siglo XIX.

La idea de un grupo de hombres del estrato superior de la sociedad sentado alrededor de una placentera y suntuosa comida, mientras discuten y resuelven algún misterio, constituye por completo una convención victoriana. Tampoco ayuda que no haya sexo y violencia; de hecho, con frecuencia ni siquiera hay mucho delito. Y, a pesar de todo, la correspondencia que recibo es muy gratificante.

Los resultados de mis reflexiones sobre el asunto son estos:

1. Los misterios son lo más leales posible. Trato de hacer una historia clara y la desarrollo de modo tal que en el momento crucial el lector pueda, junto con Henry, razonar y llegar a la solución. Y, si debo creer a las cartas que recibo, los lectores generalmente lo hacen.
2. Los misterios, como tales misterios, pueden exponerse, discutirse y resolverse en aproximadamente un cuarto del espacio que dedico a cada cuento. Los otros tres cuartos están dedicados a la placentera charla de sobremesa de los Viudos Negros, y aparentemente también esto gusta a los lectores.

Esto me hace más feliz de lo que puedo expresar, pues yo también disfruto elaborando tanto misterios leales como conversaciones inteligentes.

De modo que, amables lectores, he aquí el tercer volumen de la serie. ¡Y tienen todos ustedes mi palabra de que mientras viva seguiré!

I

LA CRUZ DE LORENA

Por regla general, Emmanuel Rubin nunca permitía que una expresión de alivio cruzara su rostro. Si lo hubiera hecho, ésta habría indicado un sentimiento previo de inseguridad o recelo, sensaciones que podía sentir, pero que seguramente nunca admitiría.

Esta vez, sin embargo, el alivio era inequívoco. Había llegado la hora del banquete mensual de los Viudos Negros; Rubin era el anfitrión, y era él quien debía traer al invitado; y eran casi las siete y veinte —faltaban sólo diez minutos para el comienzo del banquete— cuando su invitado llegó.

Rubin salió a su encuentro, cuidando, sin embargo, de no derramar una gota de su segunda copa.

—Caballeros —dijo aferrando el brazo del recién llegado—, mi invitado: el Sorprendente Larri... Se deletrea L-A-R-R-I. —Y en voz baja, sobre el murmullo de los saludos—. ¿Dónde demonios te habías metido?

—El metro se ha quedado parado —musitó Larri. Luego correspondió a las sonrisas y los saludos.

—Perdónenme —dijo Henry, el perenne e incomparable camarero de los banquetes de los Viudos Negros—, pero no hay mucho tiempo para que el invitado se tome una copa antes de que la cena comience. ¿Puedo preguntarle qué prefiere, señor?

—Esa sí que es una buena idea —dijo Larri, agradecido—. Gracias, camarero, póngame un martini seco, pero no

demasiado seco... un poquito húmedo, por decirlo así.

—En seguida, señor —dijo Harry.

—Ya te conté, Larri —dijo Rubin—, que todos los miembros tenemos un doctorado *ex officio*, de modo que voy a presentártelos con nauseabundo detalle. Este caballero alto de pulcro bigote, cejas negras y espalda recta es el doctor Geoffrey Avalon. Es abogado y nunca sonríe. La última vez que lo intentó fue multado por desacato al Tribunal.

Avalon sonrió tan ampliamente como pudo y dijo:

—Indudablemente usted ya conoce a Manny lo suficiente como para no tomarlo en serio.

—Indudablemente —dijo Larri—. Él y Rubin, de pie uno junto al otro, mostraban un enorme parecido. Ambos eran de altura semejante —alrededor de un metro sesenta y cinco—, ambos poseían un rostro vivo e inquisitivo, y ambos tenían la barba rala, a pesar de que la de Larri era más larga y estaba acompañada también por pelo en las mejillas.

—Y aquí, vestido para matar a cualquiera que tenga verdadero gusto por la ropa, nuestro insigne borroneador, el doctor Mario Gonzalo, quien insistirá en hacerte una caricatura en la que luego querrá encontrar alguna semejanza. El doctor Roger Halsted martiriza a sus jóvenes alumnos con el pretexto de enseñarles las pocas matemáticas que sabe. El doctor James Drake es un químico apolillado que alguna vez estafó a alguien para conseguir un doctorado. Y, finalmente, el doctor Thomas Trumbull, quien trabaja para el gobierno en algún departamento misterioso como experto en códigos cifrados y que pasa la mayor parte de su tiempo temiendo que el Congreso lo descubra.

—Manny —dijo Trumbull con enojo—, si fuera posible hacer una votación retroactiva, creo que tendrías cinco votos en contra.

Henry dijo:

—Caballeros, la cena está servida.

Fue una de esas raras ocasiones en que el plato fuerte de los Viudos Negros consistió en langosta, más rara hoy que nunca debido al aumento de los precios.

Rubin, que, como anfitrión, corría con los gastos, se encogió de hombros:

—Tuve una buena liquidación de un libro de bolsillo el último mes, de modo que podemos considerar esto como una celebración.

—Podemos —dijo Avalon—, pero la langosta tiende a matar la conversación. Romper las pinzas y el caparazón, extraer la carne, mojarla en la mantequilla derretida, exige una total concentración. —Y el esfuerzo que empleaba en apretar las tenacillas le deformaba la cara en una mueca.

—En ese caso —dijo el Sorprendente Larri—, tendré el monopolio de la conversación —y sonrió con satisfacción cuando Henry colocó diestramente ante él una soberbia fuente de costillas asadas.

—Larri es alérgico a la carne de pescado —dijo Rubin.

La conversación, tal como Avalon había predicho, quedó suspendida hasta que las distintas langostas fueron derrotadas en la batalla gastronómica, y luego, finalmente, Halsted preguntó:

—¿Qué es lo que lo hace sorprendente, Larri?

—Nombre artístico —dijo Larri—. Soy prestidigitador, un escapista *extraordinaire*, y el *exposeur* más grande que existe.

Trumbull, que estaba sentado a la derecha de Larri, arrugó su bronceada frente.

—¿Qué demonios quiere decir *exposeur*?

Rubin hizo tintinear su copa de agua y dijo:

—No se puede interrogar hasta que tomemos el café.

—Por el amor de Dios —dijo Trumbull—. Sólo estoy preguntando la definición de una palabra.

—La decisión del anfitrión es inapelable —dijo Rubin.

Trumbull frunció el ceño torvamente mirando a Rubin.

—Entonces *adivinaré* la respuesta. Un *exposeur* es alguien que expone fraudes; alguien que, utilizando trucos de un tipo o de otro, pretende producir efectos que atribuye a fuerzas sobrenaturales o paranaturales.

Larri se mordió el labio inferior, alzó sus cejas y asintió con la cabeza.

—Bastante bien para ser una adivinación. No podría haberlo dicho mejor.

—Lo que usted quiere decir es que puede reproducir en el escenario cualquier efecto que se afirme que es de magia real —dijo Gonzalo.

—Exacto —dijo Larri—. Por ejemplo, supongamos que una persona dice que tiene la facultad de doblar cucharas por medio de fuerzas desconocidas. Yo puedo hacer lo mismo utilizando fuerzas naturales, de este modo. —Levantó su cuchara y, sosteniéndola por los extremos, la dobló algo más de un centímetro.

—Eso apenas tiene importancia. Eso cualquiera puede hacerlo —dijo Trumbull.

—¡Ah! —dijo Larri—, pero es que esta cuchara que me han visto doblar no es en absoluto el efecto sorprendente. Esa cuchara que miraban sólo sirvió para captar y enfocar los rayos etéreos que hicieron el verdadero trabajo. Han sido esos rayos los que han doblado su cuchara, doctor Trumbull.

Trumbull miró hacia abajo y levantó su cuchara, doblada casi en ángulo recto.

—¿Cómo lo ha hecho?

Larri se encogió de hombros.

—¿No cree que han sido las fuerzas etéreas?

Drake rió y, empujando los restos de su langosta hacia el centro de la mesa, encendió un cigarrillo.

—Larri lo hizo hace unos minutos, con las manos, cuando no lo observabas —dijo.

Larri se mantuvo imperturbable ante la revelación.

—Cuando Manny golpeó la copa, doctor Trumbull, distrajo usted la mirada. Me habría gustado que todos hubieran hecho lo mismo.

—Sé que a Manny no se le debe prestar ninguna atención —dijo Drake.

—Pero si nadie me hubiera visto hacerlo —dijo Larri—, ¿habría admitido usted las fuerzas etéreas?

—De ningún modo —dijo Trumbull.

—¿Ni siquiera aunque no hubiera otra forma de explicar el efecto? Mire, déjeme mostrarle algo. Suponga que quiere arrojar una moneda al aire...

Calló durante un momento, mientras Henry pasaba la bandeja con las tartitas de fresa; cogió la suya y dijo:

—Suponga que quiere dar la vuelta a una moneda sin levantarla... ésta, por ejemplo. Hay muchas maneras de hacerlo. La más sencilla sería tocarla ligeramente, porque, como todos saben, un dedo siempre está algo pegajoso, especialmente a la hora de la comida, de modo que la moneda se levanta un poco cuando quitamos el dedo y se puede darle la vuelta. Es cruz ahora, como ven. Ahora la toco y es cara.

—No hay prestidigitación ahí, creo —dijo Gonzalo—. Viemos cómo le daba la vuelta.

—Exactamente —dijo Larri—, por eso no lo haré así. Pongamos algo sobre ella de forma que no se la pueda tocar ni dar la vuelta. Supongamos que utilizamos... —extendió la vista por la mesa un momento y cogió un salero—. Supongamos que utilizamos esto.

Colocó el salero sobre la moneda y dijo:

—Ahora la moneda está en cara, ¿no?...

—Un momento —dijo Gonzalo—. ¿Cómo sabemos que está en cara? Podría estar en cruz y luego, cuando la mostrara, diría que ha saltado cuando en realidad ha estado igual todo el tiempo.

—Tiene toda la razón: —dijo Larri—, y me alegra que haya llamado la atención sobre el asunto. Doctor Drake, sus

ojos me atraparon antes. ¿Quiere usted ser testigo en nombre de toda la concurrencia? Levantaré el salero y usted dirá qué cara muestra la moneda.

Drake miró y dijo «¡Cara!» con su voz levemente ronca.

—Creo que todos ustedes aceptan la palabra del doctor Drake, ¿no, caballeros? Por favor, observen cómo coloco el salero nuevamente sobre la moneda y asegúrense de que no le doy la vuelta durante el proceso...

—No lo ha hecho... —dijo Drake.

—Ahora, para evitar que me resbalen los dedos mientras realizo el truco, pondré esta servilleta de papel sobre el salero.

Larri dobló la servilleta con pulcritud y la colocó cuidadosamente sobre el salero, luego dijo:

—Doctor Drake, ¿quiere usted verificar otra vez la moneda?

Drake se inclinó hacia adelante.

—Aún cara —dijo.

Con mucho cuidado y suavidad, Larri volvió a colocar el salero con la servilleta doblada sobre él y dijo:

—¿Seguía igual la moneda?

—Aún era cara —dijo Drake.

—En ese caso, ahora realizaré la magia. —Larri presionó hacia abajo el salero y el papel se hundió. No había nada debajo.

Hubo un momento de asombro, y luego Gonzalo dijo:

—¿Dónde está el salero?

—En otro plano de existencia —dijo Larri con complacencia.

—Pero usted dijo que iba a hacer saltar la moneda.

—Mentí.

—No es ningún misterio —dijo Avalon—. Nos tenía a todos concentrados en la moneda como táctica de distracción. Luego levantó el salero tapado con la servilleta y dejó que Jim mirara la moneda; entonces dejó caer el salero en

su mano y colocó la servilleta doblada y vacía sobre la moneda.

—¿Me vio usted hacerlo, doctor Avalon? —preguntó Larri.

—No. También estaba mirando la moneda.

—Entonces lo está usted suponiendo —dijo Larri.

Rubin, que no había participado en absoluto en la demostración, sino que se había comido su tartita de fresa y ahora estaba esperando que los otros se comieran la suya, dijo:

—Se tiende a explicar estas cosas de forma lógica, y eso no puede ser. Los científicos y otros racionalistas acostumbran a tratar con el universo, que juega limpio. Enfrentados a los «poderes», que no lo hacen, se ven forzados a creer cosas sin sentido y, finalmente, a ponerse en ridículo.

Los magos, en cambio —continuó—, saben qué mirar, tienen la suficiente experiencia como para no dejar que los despisten y no se impresionan por lo aparentemente sobrenatural. Por eso las personas con poderes suelen no actuar cuando saben que hay magos entre la audiencia.

El café se había servido y Henry estaba aprestando silenciosamente el *brandy*, cuando Rubin hizo tintinear su copa de agua y dijo:

—Caballeros, es la hora del interrogatorio oficial, suponiendo que idiotas como vosotros tengan algo que preguntar. Geoff, ¿quieres hacer los honores esta vez?

Avalon se aclaró ominosamente la garganta y frunciendo el entrecejo dirigió su mirada hacia el Sorprendente Larri por debajo de sus oscuras y espesas cejas. Utilizando el tono de voz más profundo de su ya profundo registro, Avalon dijo:

—Es costumbre preguntar a nuestro invitado cómo justifica su existencia, pero si el invitado de hoy realiza trucos

místicos de vez en cuando, yo, por mi parte, considero justificada su existencia y dejaré pasar el punto.

La tentación sería preguntarle cómo realizó su pequeño truco de desaparición de hace un momento, pero me figuro que los principios de su profesión le impedirán contárnoslo. A pesar de que todo lo que se dice aquí se considera reservado y nunca ha sido revelado, evitaré realizar ese tipo de preguntas.

En su lugar, entonces, déjeme preguntarle por sus fallos. Usted se describe como un *exposeur*. ¿No ha habido ninguna demostración supuestamente sobrenatural que usted no haya sido capaz de reproducir con prestidigitación y no haya podido explicar por medios naturales?

—No he intentado explicar todos los efectos con que me he encontrado o de los que me han hablado —dijo Larri—, pero siempre que he estudiado un efecto e intentado reproducirlo, lo he conseguido.

—¿Sin fallos?

—¡Nunca!

Avalon consideró el asunto, pero cuando iba a hacer la siguiente pregunta, Gonzalo le interrumpió. Tenía la cabeza apoyada sobre la palma de una mano, pero los dedos estaban cuidadosamente dispuestos para no desarreglar su cabello. Dijo:

—Entonces, Larri, ¿sería correcto sugerir que sólo resuelve los casos fáciles? ¿Que en los casos realmente difíciles no lo intenta?

—¿Quiere decir —dijo Larri— que si evito cualquier cosa que pudiera estropear mi marca, o perturbar mis creencias en el orden racional del universo? Si es eso, se equivoca, doctor Gonzalo. La mayor parte de los informes relacionados con supuestos poderes son torpes y carecen de importancia, son burda y patentemente falsos. Estos los ignoro. Los casos en los cuales centro la atención son precisamente aquellos que tienen una naturaleza poco corriente y muestran un aparente divorcio con lo racional. Como ve,

los únicos que tomo en cuenta son precisamente los que usted sospecha que evito.

Gonzalo calló y Avalon dijo:

—Larri, el mero hecho de que usted pueda reproducir un truco mediante la prestidigitación no significa que la otra persona no lo pueda haber realizado a través de medios sobrenaturales. El hecho de que los seres humanos puedan construir máquinas que vuelan no significa que los pájaros sean máquinas hechas por el hombre.

—Cierto —dijo Larri—, pero esas personas sustentan su afirmación de que intervienen poderes sobrenaturales en la idea, explícita o implícita, de que no hay otra forma de producir el efecto. Si yo demuestro que se puede producir el mismo efecto por medios naturales, entonces ellos tienen que demostrar que también puede producirse sin que intervengan los medios naturales que yo he utilizado. No sé de nadie que haya aceptado las condiciones establecidas por magos profesionales para evitar trucos y que haya tenido éxito.

—¿Y no ha habido nunca nada que le haya desconcertado? ¿Ni siquiera trucos que hayan hecho otros magos?

—Oh, sí. Hay efectos producidos por algunos magos que me desconciertan en el sentido de que no sé cómo los han hecho. Puedo reproducirlos, pero quizá utilizando un método diferente. En cualquier caso, no se trata de eso. Desde el momento en que el efecto es producido por medios naturales, que pueda reproducirlo o no, no tiene importancia. No soy el mejor mago del mundo. Sólo soy mejor mago que cualquier persona con «poderes».

Halsted, con su amplia frente colorada por la ansiedad, y tartamudeando ligeramente en su afán de hablar, dijo:

—Pero ¿no hay nada que pueda sorprenderle? No me refiero al tipo de desapariciones como la que llevó a cabo con el salero...

—¿Se refiere a éste? —preguntó Larri, apuntando hacia la mesa. Había un salero en medio de ella, pero nadie ha-

bía visto colocarlo allí.

Halsted, desconcertado por un momento, se recobró y dijo:

—¿Nunca le ha *sorprendido* ninguna desaparición? He oído que algunos magos han hecho desaparecer elefantes.

—En realidad, hacer desaparecer elefantes es un juego de niños. Le aseguro que no hay nada enigmático en las desapariciones que se llevan a cabo en un número de magia. —Entonces una expresión peculiar cruzó el rostro de Larri, un destello de tristeza y frustración—. En un número de magia, claro. Sólo...

—¿Sí? —dijo Halsted—. ¿Sólo qué?

—Sólo cuando es en la vida real —dijo Larri sonriendo e intentando desechar el asunto con despreocupación.

—Sólo un momento —dijo Trumbull—. No vamos a dejarlo pasar. Si hubo una desaparición en su vida real que no pueda explicar, queremos saber de qué se trata.

Larri sacudió la cabeza.

—No, no, doctor Trumbull. No es una desaparición misteriosa o inexplicable. Nada de eso. Sólo que perdí... algo, y no puedo encontrarlo, y eso... me apena.

—Los detalles —dijo Trumbull.

—No vale la pena —dijo Larri—. Es una... historia tonta y de algún modo... —enmudeció.

—¡Maldita sea! —bramó Trumbull—. Todos los que estamos aquí renunciamos voluntariamente a preguntarle cualquier cosa que pueda significar violar su ética. ¿Violaría acaso la ética del oficio de mago contarnos esa historia?

—No es eso...

—Bien, entonces le repito lo que Geoff le ha dicho. Todo lo que aquí se diga es confidencial, y el acuerdo que preside estas cenas mensuales es que todas las preguntas deben ser contestadas. ¿Manny?

Rubin se encogió de hombros.

—Así es, Larri. Si no quieres responder, tendremos que dar la reunión por concluida.